

JORGE PÉREZ RAMÍREZ

**EL CUENTO DEL DINERO
Y LOS BANCOS COMO NO TE LO
HABÍAN CONTADO ANTES**

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2021

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I. EL CUENTO DEL DINERO	17
I. El dinero de piedra	17
II. El mito del trueque	26
III. La genialidad griega. El valor económico	29
IV. Evolución del dinero en Occidente.....	34
V. La moneda metálica	39
VI. El dinero bancario	43
VII. Dinero digital y monedas virtuales.....	47
1. Monedas virtuales	49
2. Las criptomonedas.....	51
3. Las monedas virtuales estables.....	53
CAPÍTULO II. EL CUENTO DE LOS BANCOS	55
I. La génesis del nuevo orden financiero	55
II. El nacimiento de la banca moderna.....	62
III. El dinero en una economía sin bancos	70
IV. Banca sin gobierno y moneda sin Estado: el camino del euro	77
V. La banca en la sombra	87
VI. La falacia de la intermediación bancaria	91
VII. La gran hipoteca. La relevancia de la financiación de viviendas	94
VIII. Más finanzas, mayores salarios en la banca	96

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO III. EL CUENTO DE LOS BANCOS CENTRALES .	99
I. Bancos y guerras	100
II. De bancos municipales a bancos centrales.....	101
1. La vanguardia de los Bancos Centrales	104
A. El Banco de Inglaterra.....	104
B. La Reserva Federal de los Estados Unidos de América.....	107
C. El Eurosistema. El Banco Central Europeo	120
III. Crisis bancarias modernas.....	122
1. Crisis financieras sin bancos centrales.....	127
2. Crisis financieras con bancos centrales	129
IV. El gran rescate: privilegio de los bancos	131
V. 2020: el año que vivimos peligrosamente.....	134
VI. Los bancos centrales en el siglo XXI.....	138
BIBLIOGRAFÍA.....	141

PRÓLOGO

Este libro no es un libro de economía ni de finanzas, es esencialmente de historia y de historias. Y también de mitos y de falacias que circulan respecto del dinero y los bancos, algunas de ellas incorporadas en libros de texto y documentos académicos. El objetivo del libro es difundir de manera sencilla un tema de vital importancia para nuestras vidas, el dinero y la banca, y también las crisis financieras que, si no del todo, están esencialmente causadas por la especial relación de la banca con el dinero. Siendo inventos humanos, deberían ser algo sencillo de explicar y entender. Sin embargo, prevalece la idea de que el dinero y los bancos son algo tan sutil que solo puede hablarse de ellos con palabras muy abstractas, y que los libros que se ocupan de ello deben de ser sumamente difíciles. Pero yo sostengo lo contrario, que tanto el dinero como la banca pueden ser descritos con palabras sencillas y en compañía de ejemplos históricos que enriquezcan esa descripción.

El tema del funcionamiento del sistema monetario y bancario en general y del privilegio que la banca comercial disfruta sobre otro tipo de negocios es un tema que no ha recibido la difusión y publicidad que merece. A pesar de su indudable contribución a la humanidad, con frecuencia el dinero y los bancos son motivo de atención por la ciudadanía la mayor parte de las veces a causa de excesos cometidos o por crisis.

El dinero constituye la más genial invención humana para hacer funcionar el sistema económico. Los bancos son las empresas privadas encargadas de gestionar el invento. Las monedas digitales y las criptomonedas son muestras del genio humano actual. La forma más breve y veraz de retratar a la banca es diciendo que es, con mucho,

la más grande combinación de poder que aún hoy en día contempla el mundo. De la magnitud de ello no cabrá duda, puesto que el dinero es poder. Pero muy pocos conocen cuántos riesgos esconde tanto poder. Las crisis bancarias, cada vez más frecuentes, han puesto a prueba su seguridad; en la de 2008 los gobiernos apoyaron a los bancos con todos los recursos de sus Estados, lo que ha generado gran Deuda Pública y apoyo ilimitado de liquidez desde los bancos centrales. En una sociedad basada en el libre mercado, el salvamento y dependencia de los bancos por el Estado no debería ni ignorarse ni olvidarse.

En lo que se refiere a los ejemplos institucionales e históricos, el libro se centra de manera especial en los Estados Unidos e Inglaterra, pues son ambos países los que constituyen aún hoy el centro económico del mundo y, más concretamente, del llamado «mundo occidental». Pero el caso de la Unión Monetaria europea, así como sus riesgos e incertidumbres, no han sido ignorados.

El libro no pretende dar una respuesta diáfana y rotunda, ni busca un puñado de recetas que resuelvan inmediatamente las incertidumbres que se planean sobre el dinero y los bancos. Trata más bien de juntar los hilos narrativos de la historia que han llevado a Occidente a la situación monetaria y bancaria actual. La necesidad de un patrón que diera estabilidad al sistema monetario fue observada por nativos de islas muy alejadas de Europa. En el siglo xvii se adoptó el patrón oro tras el caos provocado por el dinero de papel. El patrón oro pareció una idea sencilla y un mecanismo de orden del sistema monetario. Tras la crisis de 1929, posterior depresión y la Segunda Guerra Mundial, el mundo adoptó en 1944 unos Acuerdos en torno al dólar y el oro que anclaron el sistema monetario mundial durante casi treinta años, tal vez los más exitosos del capitalismo. En 1973, tras el abandono de aquellos Acuerdos, el dinero es el producto de una industria (la banca) que puede fabricar dinero a voluntad. La crisis bancaria de 2008 es para muchos autores efecto del abandono de los Acuerdos de 1944, que resultó en una extensión casi ilimitada del crédito y unos niveles de endeudamiento familiar, empresarial y de los Estados que son tal vez el mayor reto al que se enfrentan los países desarrollados.

El mundo tranquilo en el que vivíamos desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta fue espoleado incesantemente hasta hacerlo desaparecer. El mito del libre mercado se impuso y fracasó.

só doblemente, primero con la crisis financiera mundial de 2008 y luego con la crisis de la pandemia de 2020. Uno podría pensar que los nuevos fracasos históricos en la fe en los mercados financieros libres podrían llevar a los dirigentes políticos a elaborar una profunda reforma bancaria mundial al igual que ocurrió en los años treinta del siglo pasado. Sin embargo, esto no ha ocurrido.

* * *

Algunos amigos y colegas leyeron partes del trabajo y me beneficié de sus valiosos comentarios. Sin un buen editor que participe de la idea original y siga su desarrollo aconsejando y dejando hacer, un libro no cuaja. Quiero agradecer de manera especial el trabajo de mi editor Enrique Pascual en la elaboración y desarrollo de este libro. Y también a Chris Christoffersen y Raquel Nieto cuyos hallazgos y propuestas exceden siempre la tarea de corrector de texto.

Candelario, primavera de 2021.

Jorge PÉREZ RAMÍREZ

CAPÍTULO I

EL CUENTO DEL DINERO

«Es un error [...] creer que es el rey Luis Felipe quien gobierna, y él no se engaña sobre este punto. Él sabe, tan bien como nosotros, que por encima de la Constitución se encuentra la sagrada, venerable, sólida, amable, graciosa, hermosa, noble, joven, todopoderosa pieza de cinco francos».

La prima Bette
Honoré DE BALZAC (1799-1850)

«El crédito, y no el oro ni la plata, es la propiedad que todos los hombres desean, cuya adquisición constituye la finalidad y el objetivo de cualquier comercio. No hay duda de que el crédito es mucho más antiguo que el dinero».

¿Qué es el dinero?
Alfred MITCHELL-INNES (1864-1950)

SUMARIO: I. EL DINERO DE PIEDRA.—II. EL MITO DEL TRUEQUE.—III. LA GENIALIDAD GRIEGA. EL VALOR ECONÓMICO—IV. EVOLUCIÓN DEL DINERO EN OCCIDENTE.—V. LA MONEDA METÁLICA.—VI. EL DINERO BANCARIO.—VII. DINERO DIGITAL Y MONEDAS VIRTUALES.—1. Monedas virtuales.—2. Las criptomonedas.—3. Las monedas virtuales estables.

I. EL DINERO DE PIEDRA

El 1 de octubre de 1525, el explorador portugués Diego Da Rocha llegó a las islas Carolinas en el Pacífico y permaneció allí cuatro

meses. Durante los siguientes dos siglos más de veinte exploradores y comerciantes de origen español, británico, holandés y americano pasaron por la isla Yap, la más occidental del archipiélago. En 1731 el padre Jan Cantova y el padre Visitador Walter predicaban el catolicismo en la isla. Después de varios meses, el padre Walter regresó en barco a Guam. Poco después, Cantova y el resto de los monjes fueron masacrados, tal vez por sacerdotes locales opuestos a la nueva religión.

Antes de la Primera Guerra Mundial el archipiélago pertenecía a Alemania, que en 1898 lo había comprado a España. Luego, en 1918, pasó a ser administrado por el imperio japonés. Ignorando las obligaciones impuestas por la Sociedad de Naciones, Japón las convirtió en bases fortificadas que le fueron muy útiles durante la Segunda Guerra Mundial. El archipiélago fue escenario de sangrientos combates entre japoneses y estadounidenses, y la isla de Yap adquirió notoriedad en la historia de aquella guerra. Pero mucho antes de los españoles, alemanes, japoneses y estadounidenses, Yap era famosa por cierta particularidad: su moneda. Aunque inocentes y primitivos, los bronceados nativos conocían la institución social del dinero.

En 1903, el antropólogo William Henry Furness pasó varios meses en la isla de Yap, impresionado por lo intacta que se encontraba y que para su sorpresa albergaba una sociedad compleja, con castas y clubs de fraternidades, que junto con los ritos culturales describiría en un libro¹. Pero, sin duda, uno de los descubrimientos más impactante para Furness fue el sistema monetario de la isla. La isla carecía absolutamente de metales y, si bien había abundancia de conchas, frutos, huesos y dientes de animales, parece que los habitantes de Yap intuitivamente debieron concluir que un sistema monetario basado en objetos comunes carecía de la estabilidad necesaria. Era preciso hallar un material que poseyera auténtico valor intrínseco. El mercado de bienes de la isla era muy limitado y se concentraba en tres productos: el pescado, los cocos y los pepinos de mar. Apenas había agricultura o artesanía y los cerdos eran los únicos animales domesticados. Como era una economía muy simple y sin apenas contactos con el exterior, lo natural hubiera sido encontrar un sistema de trueque, o incluso dada la escasa población de la isla y que la comida, bebida y ropa crecían en los árboles, hasta el sistema de trueque

¹ FURNESS, W., 1910, 1911.

podía ser demasiado sofisticado. Los nativos de Yap eligieron como base monetaria un producto situado en otra isla, a unas cuatrocientas millas, una gran distancia de donde había que extraer, dar forma y luego transportar, lo que sin duda implicaba un considerable esfuerzo. Los habitantes de Yap carecían de lenguaje escrito, de modo que el sistema monetario diseñado era puramente verbal, pero respetado tan fielmente como si fuese un largo documento redactado por un regimiento de abogados.

El libro de Furness se publicó en 1910; un año después, el etnólogo estadounidense William Churchill sobre la base del trabajo de Furness subrayó las similitudes y diferencias de los nativos de Yap frente a los de otras islas de la Polinesia². Algunos años después, un ejemplar de la obra de Furness acabó en la Real Sociedad Económica de Gran Bretaña y sus editores encargaron una reseña de la obra a un joven economista recién trasladado del servicio de guerra: John Maynard Keynes. El hombre, cuyas ideas económicas revolucionarían la forma de entender el dinero y las finanzas internacionales, quedó maravillado al leer la obra de Furness y acabó publicando la siguiente reseña de su obra³:

«Las islas Carolinas, tras la guerra de España con los Estados Unidos fueron vendidas por España a Alemania por 3,3 millones de dólares. El posterior establecimiento de las autoridades británicas en las islas nos puso en contacto con un pueblo cuyas ideas monetarias son con seguridad más genuinamente filosóficas que las de ningún otro país. En nuestra práctica moderna con las reservas de oro tenemos mucho que aprender de esas otras prácticas, más lógicas, de la isla de Yap».

La isla de Yap es la más occidental de todas las del archipiélago cuya población es de entre 5.000 y 6.000 habitantes. El doctor William Henry Furness, en su trabajo «La isla del dinero de piedra» de 1910, nos da cuenta de la moneda. No habiendo metales en la isla, tuvieron que recurrir a las piedras; cómo y con qué resultados se extrae directamente del texto del Dr. Furness:

«Como no hay yacimientos de metales en la isla, tuvieron que recurrir a la piedra, esa piedra, debidamente labrada y conformada, viene a ser allí una representación tan auténtica del trabajo humano como el dinero de la civilización, hecho de metal extraído de las minas y acuñado.

² CHURCHILL, W., 1911: 510-518.

³ KEYNES, J. M., 1915a: 281-283.

A su medio de cambio lo llaman “fei”, y consiste en unas ruedas grandes, gruesas y macizas, en cuyo centro hay un agujero, de distinto tamaño según el diámetro de la rueda, que permite la inserción de un palo suficientemente largo y grueso como para soportar el peso de aquella y facilitar su transporte. Estas “monedas” de piedra se hacen de una caliza que se encuentra en Baberthuap, una de las islas Carolinas, a unas cuatrocientas millas de distancia, que es donde están las canteras, para transportarlas luego a Yap, una vez labradas, en las canoas y las balsas de algunos osados navegantes nativos, y con las piedras seguras en tierra, estos navegantes nativos de alguna forma se convierten en especuladores, e inducen a los demás nativos de la isla a creer que estas nuevas piedras son las más deseables. Por supuesto, cuanto más grande es la piedra, mayor es su valor, pero no es solo el tamaño lo que se aprecia; la piedra caliza de la que se compone el “fei” para que sea de mayor valor debe ser blanca y de grano fino; es esencial que un “fei” sea de esta variedad y calidad particular de piedra caliza.

Una característica notable de este dinero de piedra es que no tiene por qué hallarse necesariamente en poder de su propietario. Cuando se realiza una operación cuyo precio implicaría tener que mover una cantidad excesiva de “fei”, el nuevo dueño de estos se contenta con la mera declaración formal de cesión y, sin molestarse siquiera en marcar las monedas, estas quedan en el recinto de su antiguo propietario.

Un amigo mío, Fatumak, me aseguró que en la aldea vecina residía una familia cuya riqueza indiscutible —admitida por todos— no había sido vista ni tocada por nadie, ni siquiera por la familia en cuestión. Consistía en un “fei” enorme, cuyo tamaño se sabía solo por tradición, ¡ya que, durante las dos o tres generaciones últimas, había permanecido sepultado en el fondo del mar! Hacía muchos años que uno de los antepasados, durante una expedición en busca de “fei”, había dado con esa piedra de notable tamaño y de valor incalculable. La embarcaron en una balsa para remolcarla hasta la isla, pero entonces se declaró una fuerte tormenta y los expedicionarios, para salvar la vida, se vieron obligados a cortar amarras y la piedra se hundió, desapareciendo para siempre. Cuando llegaron a la aldea, todos atestiguaron que el “fei” era de proporciones magníficas y de calidad extraordinaria, y que no se podía culpar al propietario por haberlo perdido. En consecuencia, todos admitieron de buena fe que el mero accidente del naufragio carecía de importancia, y que unos cuantos pies de profundidad no perjudicaban al valor de la pieza, que ya había sido tallada en la forma tradicional. Y así, el poder adquisitivo de esa piedra sigue aceptándose como válido, a igual título que si aquella permaneciese a la vista de todos, apoyada contra la pared de la casa de su dueño, y representa una riqueza tan potencial como el oro inactivo atesorado por un avaro en la Edad Media, o como nuestros dólares de plata apilados en el Tesoro